

## Siervos y señores

¿Colegio? ¿Quién había dicho que íbamos a aparecer en el desván del Colegio? Estábamos en el medio de un frondoso bosque. Ni rastro de casas ni de personas. ¡A saber dónde estábamos y en qué época!

-¿Quién se ha equivocado esta vez?, ¿eh? -le reprochó Jorge a Elena.

-Bueno, está bien -aceptó Elena-. Esta vez fui yo, pero no fue una equivocación.

-¡Pero bueno! ¿Qué diantres quieres decir? -se enfureció Jorge.

-Pues que no me he equivocado, que lo he hecho a propósito.

-¿Y qué fue lo que has hecho a propósito, Elena? -preguntó Carlos.

-He marcado el año 1007, en lugar de 2007.

-¡Estamos apañados! -resopló Carla. Nos acabas de meter de cabeza en la Edad Media.

-De cabeza, de pies y de todo -dijo Ángela medio enfadada-. Y si por lo menos estuviéramos limpios y con ropa para cambiarnos...

-Si por lo menos tuviésemos el estómago lleno o algo que llevarnos a la boca... -intervino Alba, con tanta hambre que se le oían crujir las tripas.

-Bueno, dejaos de lamentaciones y pongámonos manos a la obra -ordenó Manuel con voz de capitán general.

-¿A qué obra? -preguntó Iván.

-Pues... -dijo Enol, con esa voz que pone cuando quiere hacerse el gracioso- ... lo primero... hay que encontrar la cueva del diablo. Él nos dará de comer unos jabalíes asados en su parrilla gigante. Y después...

-¡Jolepa, Enol, haz el favor de no decir chorradas! -le rogó Alba- No es un buen momento para bromas. ¡Tengo un hambre que me muero!

-Venga, dejaos de tonterías -volvió a ordenar Manuel-. Tenemos que dividirnos en pequeños grupos y buscar una casa o algún resto de vida civilizada. El primero que encuentre algo, que nos avise con un potente silbido.

Todos reconocimos que no era buen momento para seguir discutiendo o diciendo tonterías, así que nos agrupamos por parejas y caminamos en todas direcciones.

Marta y Andrea iban juntas. Aunque parezca raro, esta vez no discutían. Probablemente no tuvieran fuerzas ni para reñir. Sin saber cómo, tras unos minutos caminando, el bosque desapareció y la vegetación cambió el arbolado por un inmenso campo de trigo. Al fondo, se podía ver un hilillo de humo que trepaba hacia las nubes.

-¡Allí hay una casa! -dijo Marta de repente.

-¿Dónde? -se sorprendió Andrea-. Yo no veo nada.

-Sí, sí, se ve humo -insistía Marta.

-¡Ah, sí! Es verdad. Allí tiene que haber alguien. Vamos a acercarnos.

-Espacio, Andrea, con cuidado.

Ocultas entre el trigo, procurando no meter demasiado ruido, se fueron acercando. Pronto pudieron ver una especie de choza, de la que procedía el humo que habían visto desde lejos.

Asomaron la nariz entre los yerbajos y pudieron ver algunos niños jugando y personas mayores trabajando alrededor de la casa.

-¿Qué hacemos? -susurró Andrea- ¿Nos atrevemos a salir?

-No sé -contestó Marta-. Tienen cara de buenas personas.

Un poco temerosas, salieron de su escondite y Andrea, con voz temblorosa, comenzó a hablar:

-¡Hola! ¿Cómo están? Ésta es Marta y yo soy Andrea. Verán, es que estamos perdidas y no sabemos cómo llegar hasta el próximo castillo.

Entre tanto, aquellas personas las contemplaban asombradas, pues nunca habían visto vestiduras semejantes. Imaginaos: pantalones vaqueros, anorak, zapatillas deportivas, ... Aquello era inimaginable en la época en la que nos encontrábamos.

Tras unos minutos de silencio que parecieron eternos, uno de los hombres se acercó a las niñas y les dijo:

-Pero... ¿de dónde salen vuestras mercedes?

-Verá -dijo Marta-. Venimos de muy lejos, del reino de... de... Potterlandia -dijo de repente, acordándose de Harry Potter.

-¿Y dónde está ese reino? -preguntó el hombre.

-Lejos, lejos, muy lejos -respondió Andrea sin ocurrírsele otra respuesta mejor.

-¿Y qué quieren vuestras mercedes? Nosotros somos gente humilde. Trabajamos de sol a sol para poder llevarnos a la boca un poco de pan.

-¿Y tienen estas tierras tan enormes sólo para un poco de pan? -se extrañó Marta.

-Las tierras no son nuestras, gentil dama, sino del más perverso de los hombres, aquel que vive en el castillo que podéis encontrar a pocas leguas de aquí.

-¿Allí se puede encontrar comida? -preguntó Andrea con ansiedad.

-Seguramente, pero tened mucho cuidado, pues si os encuentran robando os encerrarán en una mazmorra para el resto de vuestros días.

Nuestras compañeras se despidieron de aquella pobre gente. Volvieron a internarse en el campo de trigo y pronto se encontraron con el bosque. Empezaron a silbar todo lo más fuerte que supieron y poco a poco todos fuimos apareciendo y reuniéndonos a su alrededor.

Andrea y Marta nos contaron todo lo que les había sucedido y, sin pensarlo dos veces, decidimos ir al castillo de aquel señor tan malvado. El hambre era tan fuerte que no podíamos pararnos a pensar en el peligro que corríamos.

De camino al castillo, nos cruzamos con mucha gente que viajaba a pie o en unos carros muy rústicos, con ruedas de madera y que chirriaban como los "carros del país" que había en Asturias hace algunos años y que ahora son piezas de museo.

Una de las carretas que viajaba hacia el castillo, llevaba seis barriles enormes de madera. Sin pensarlo, Illán comentó en voz alta:

-Si nos metiéramos dentro de esos barriles...

Y dicho y hecho. Nos miramos unos a otros aprobando la idea de Illán y, sigilosamente, nos fuimos acercando por la parte de atrás del carro, colándonos de tres en tres en los seis barriles que transportaba. Para que nadie nos viera, nos tapamos con unos sacos que encontramos allí mismo, teniendo cuidado de dejar unas pequeñas aberturas por las que pudiéramos ver dónde estábamos.

Al fin, llegamos a la puerta principal del castillo. En realidad, atravesamos tres puertas, una detrás de otra. Todas ellas tenían rejas, pero en aquel momento estaban levantadas. Sobre los torreones que había a ambos lados, varios soldados, armados con sus ballestas, vigilaban las entradas y salidas.

Finalmente, lo conseguimos: estábamos dentro del castillo. Sin embargo, no podíamos salir de aquellas barricadas hasta que llegase la noche.

Las horas nos parecieron eternas. Teníamos las piernas entumecidas y las tripas no hacían más que meter ruido, pues el hambre era de campeonato.

Por fin, todo quedó en silencio. La noche había llegado y, como la iluminación era escasa, por no decir nula, no hubo muchos inconvenientes para salir del carro y, lo más sigilosamente que pudimos, acercarnos hasta la fortaleza del castillo.

Uno por uno, fuimos dejando fuera de combate a los vigilantes de la fortaleza, pues los pillamos por sorpresa, quitándoles las cotas de malla y los cascos. Luego los amordazamos y los atamos de pies y manos.

Las chicas también tuvieron que vestirse de hombre y, viendo las trazas que teníamos, no pudimos evitar troncharnos de risa.

Subimos las escaleras y llegamos al salón principal, donde estaba a punto de comenzar un festín. Nos frotamos las manos y se nos caía la baba viendo la cantidad de manjares que allí había.

Como estaba lleno de caballeros y damas, nos fue fácil camuflarnos entre los demás. Para no llamar mucho la atención, decidimos hacer lo que todos hacían.

Antes de sentarnos a la mesa, los siervos pasaron con unas palanganas y una toalla para lavarse las manos. Quedamos un poco extrañados, pero Sara se acordaba de lo que habíamos estudiado y nos dijo en voz baja:

-No os preocupéis. Esto lo suelen hacer antes de las comidas, porque como no utilizan cubiertos...

Se nos hizo muy raro eso de echar la mano a la comida, pero como teníamos tanta hambre, no nos pareció buen momento para remilgos.

Cuando todavía no habíamos terminado de comer, un grupo de trovadores comenzó a tocar y a cantar y unos malabaristas nos deleitaron con sus juegos.

Todo iba de maravilla, hasta que un caballero, sentado al lado de Alba, sin duda "cargadito" por el mucho vino que había bebido, le puso la mano por encima del hombro, confundiéndola con un hombre. Ella, sin pensarlo dos veces, sacó el puño y le metió un soberbio puñetazo en sus narizotas.

Como os podéis imaginar, se armó la marimorena, pues el caballero quiso devolverle la afrenta, se levantó y... antes de que pudiera pegarle a Alba., Illán e Iván le habían enganchado las piernas con una cuerda y, tirando

fuerte de ella, hicieron que el caballero enterrara sus morros en un gran pastel que había en el centro de la mesa.

Otros caballeros salieron en defensa del primero y desenvainaron la espada con la idea de ensartar en ella a Illán y a Iván. Entonces, primero Enol, Alberto, Jorge y Carlos, y después todos los demás de la clase, utilizando las armas que les habíamos quitado a los vigilantes de la fortaleza, entramos en combate. No os podéis imaginar la que allí se organizó.

Se luchaba encima y debajo de las mesas. Los corderos, pollos, patatas, pasteles y otros alimentos volaban de lado a lado del salón. Al señor feudal se le quedó prendido en su casco un trozo de pollo con ala incluida. La suerte que tuvimos es que nadie nos reconoció y nadie supo exactamente contra quién luchaba.

Nos arreglamos para escurrirnos e ir saliendo poco a poco, encontrándonos en la puerta principal de la fortaleza. Estábamos todos: dieciocho. Sólo nos quedaba inventar algo para salir del castillo y regresar a la máquina del tiempo, pero lo teníamos muy difícil, porque las rejas de las puertas estaban bajadas y, además, había dos vigilantes, uno a cada lado.

Carla llamó a las chicas aparte y comenzaron a cuchichear entre ellas, sin que los chicos pudiéramos enterarnos de lo que tramaban.

Al cabo de un rato, se acercaron a nosotros y nos dijeron:

-¡Eh, chicos! ¿Queréis salir de aquí?

-Pues, claro -dijo Daniel-. El problema es saber cómo. Con dos vigilantes y las puertas cerradas...

-Si nos traéis ropa de mujer, nosotras lo conseguiremos.

-¿Y cómo vais a hacer? -preguntó Juan intrigado.

-Vosotros conseguidnos ropa de mujer y ya lo veréis.

Carlos y algunos otros compañeros se colaron en las cocinas de la fortaleza y desaparecieron.

Pasada media hora, los que esperábamos estábamos muy preocupados. Llegamos a pensar que los habían cogido. Ya estábamos empezando a cambiar de planes cuando... como llovidos del cielo, desprendiéndose por una cuerda desde una de las ventanas de la fortaleza, aparecieron los aventureros con las ropas de mujer que las chicas les habían pedido.

Carla y el resto de las chicas se fueron tras una carreta a cambiarse de ropa. Salieron todas tan requeteguapas que a los chicos casi se nos escapa un silbido.

Sin pensárselo dos veces, se acercaron a las almenas donde estaban los vigilantes y empezaron a coquetear con ellos. Ya sabéis, como suelen hacer la chicas, sonriendo, pestañeando mucho y poniendo cara de "tontitas".

-Loreto, ¿ves lo mismo que yo? -decía Sara con voz angelical- ¿Ves ese chico tan guapo?

-... Y tan fuerte -remataba Elena conteniendo la risa.

-Pues anda, que aquel otro. ¡Guapo! ¡Míster Armadura! -gritaba Alba, pasándose un poco de rosca, mientras las otras se echaban a reír.

-Venga, ahora caminamos todas como en un desfile de modelos -decía Marta en voz baja. Y todas empezaron a moverse como si estuvieran en una pasarela presentando la moda primavera-verano, mientras canturreaban "¡Tariro-tariro!" sin apenas poder contener sus risas.

Pero el caso es que el plan dio resultado: los guardias, con cara de tontos, bajaron de sus puestos, se deshicieron de sus armas y, cuando más

emocionados estaban... los chicos caímos sobre sus cabezas y... ¡a soñar con los angelitos!

El resto fue fácil: levantar las rejas y salir corriendo. Tuvimos que caminar bastante, pero no hubo problemas para llegar de nuevo a la máquina del tiempo.

